

ARQUETIPO DE UNA PLAGA

*Debemos buscar largamente qué es aquello que nos da placer pero
mucho más aquello que nos causa dolor.*

COLETTE



*Asco de pagar cantidades abusivas por viviendas mediocres. De sostener
a costa de nuestra salud la principal industria de la ciudad: el negocio
inmobiliario. Asco de ver convertido el principal bien de uso en un
instrumento de extorsión y explotación financiera.*

Miedo y asco en Madrid, Madrilonia.org

22 de mayo de 2004. La boda de Felipe y Letizia: los herederos. La Gran Vía está cortada al tráfico y ornamentada de un modo ofensivo a la vista. La arteria simbólica y principal de esta ciudad galopante hacia el abismo. Y no el abismo de Moncloa, no el de las explanadas de Goya, ni siquiera el del páramo castellano que la rodea. Un tren sin locomotora busca vorazmente cada vez más y más espacio que engullir. Los viejos cascos urbanos: nuevas minas de oro para los especuladores. Ante el altar del negocio, se van sacrificando los más débiles: jóvenes y viejas. Vendiendo pánico puerta por puerta con una mano, prosperidad y opulencia con la otra.

Por comenzar por algún sitio, si nos acercamos con un zoom a una de las diminutas celdillas cercanas a la horda expectante que ha venido desde otros barrios y provincias y espera el paso de la comitiva principesca podemos conocer la siguiente historia. Las historias de Madrid suceden fuera del foco, en las alturas, al otro lado de las ventanas iluminadas. Calle Valverde, sexto y último piso de una casa anexa. La pantalla de una lámpara de pie ilumina extrañamente un salón bastante amplio lleno de luz natural. Ha amanecido y a nadie se le ha ocurrido apagar esa lámpara.

22 de mayo de 2004. Junto a la luz sucede la historia. Es una mujer joven la que habla y piensa. No sabemos su nombre. Sólo sabemos que probablemente es ajena al cortejo real, al evento, a la boda. Volvió a casa de madrugada con compañía. Hizo crujir la tarima, su voz bajó unos tonos en los graves. Ahora la vemos al final de la habitación, al lado de un flexo arañado y también encendido, junto a alguien, de espaldas. Ríen y cuchichean frente a la pantalla del portátil. Una secuencia de vídeos relacionados despierta sus carcajadas.

Están leyendo un mensaje anotado como comentario en uno de los vídeos. «Puede que sea mi serie inglesa preferida. *Fall and rise of Reginald Perrin* (1976-79) es una de las comedias más quintaesenciales y agris dulces de la BBC. Reginald Perrin, interpretado por Leonard Rossiter, asediado por la rutina más lacerante, se intenta suicidar hundiéndose en el mar. Pero el agua está tan fría, que se conforma con simularlo, así que deja la ropa en la playa y comienza una nueva vida desde cero».

Ella dice: Me gusta.

Ella se vuelve, mira hacia nosotros. Nos interpela. Nos quiere hablar. El libro se está moviendo, como cámara al hombro. La encuadramos. Nos mira. Escuchamos su voz.

Ella dice: Una de las cosas que más me gustaban del mundo. Imágenes cenitales de mesas recién desmanteladas en sus servicios a causa de un profuso desayuno o una larga cena de cumpleaños. Ejemplo. El que sigue. Restos de un profuso desayuno.

Imagina. Se combinan restos de la noche con intentos de la mañana. Entre antes y después de hacer el follar. Perdón, se dice amor. Así lo decía siempre él. Es un homenaje.

Fue la mañana siguiente a que David y yo nos reconciliáramos en el apartamento de Dorian. Nos costó lo nuestro encontrar la cafetera. Dorian esconde, por no decir escondía, los platos y las tazas en sitios insospechados. La cafetera apareció en una de las últimas baldas de la estantería-librería Expedit.

Dorian se ha ido a pasar tres meses a Bali —nadie supo a qué, ni siquiera si era cierto que estaba en Bali—. Al irse me había entregado un llavero con una cintita multicolor que decía Formentera. Me rogó que cuidara de sus plantas y de una tortugueta infecta llamada Moura.

Por supuesto. Al tercer día me había instalado allí con un tipo. David. Lo había conocido dos noches antes en un garito de una bocacalle de la Gran Vía.

¿Que por qué me instalé en casa de Dorian? Porque era la mejor casa de todos mis amigos. Consiguió un alquiler chollo antes del estallido, siquiera antes de la inflación, de la burbuja. Tenía encandilada a la dueña, a la que convenientemente agasajaba con cestas de frutas, y a veces cosas peores como pañuelos de seda pintados a mano. Todo lo sacaba de sus sesiones. Restos, lo llamaba él. Con el único fin de conseguir prórrogas infinitas con escaso incremento del monto total del alquiler —que era insultantemente irrisorio—. Una anciana muy rica, muy facha y, tristemente, muy simpática.

Dorian es venezolano pero lleva cerca de quince años afincado en Madrid. Más de diez años en la misma fabulosa casa de la calle Valverde. Un ático con una cocina con galería interior acristalada y una serie de cuartos enormes crujientemente entarimados que hacen del apelativo apartamento que Dorian insiste en utilizar —secuelas de su vida “londinense”— una broma de mal gusto para los que verdaderamente vivimos en pisos de cuarenta metros cuadrados con techos a uno ochenta del suelo de terrazo o sintasol y ventanas de aluminio. El piso, arquetípicamente madrileño y totalmente pensionable, formaba parte de un palacete llamado Casa Tangora. Bastante después supe que en los años cincuenta había sido dividido en «apartamentos» por la familia propietaria, no sin conflictos. Cada hermano se quedó con una casa. La arrendadora de Dorian, viuda de diplomático, quien pasó de saltar de consulado en consulado a vivir en una cara residencia de ancianos, al volver a Madrid, alquiló a Dorian su «ala» por una ridícula cantidad y estando aún en vigencia la ley de renta antigua. Desconocemos las razones.

Desde su esquina se ve perfectamente el neón de la Schweppes. Me puedo, me podía, pasar tardes enteras mirando por la ventana. Una vez, incluso me olvidé de ir a trabajar. Pero eso, como decía aquel, es otra historia.

David no llegó a conocer a Dorian pero yo sabía que a David le encantaría Dorian —caería en automática devoción por él—, mientras que apostaba algo a que la sola presencia de David a

Dorian le provocaría una incomodidad enorme. Las palabras también separan a la gente. Algunos son incapaces de decir adorable, infinitamente o pasote. Otros nunca dirían delicado, *déjà-vu* o hastaluegoito.

David y Dorian pertenecían a bandos léxicos distintos. Porque David es el tipo de tío que está continuamente describiendo las cosas, como si su vida fuera un documental al que le faltase la voz en off y al que necesariamente hubiera que agregarle cosas del estilo «¡Hala, estoy teniendo un *déjà-vu* en estos momentos!» o «Hace muchísimo que no voy a un concierto. Con las ganas que tengo de pegarme un pasote». Y si hay algo que pueda sacar de quicio a Dorian es la obviedad. La falta de sutileza, el ruido.

Sin embargo, a mí me tenía cautivada ese maldito David con todos sus apelativos manidos, sus lugares comunes y sus constantes tarjetas demostrativas de sus preferencias, como si los demás tuviéramos que aprender a deletrear sus gustos y sus deseos.

Además, yo estaba deseando experimentar la convivencia con un amante. Dejar de quedar para follar. Simplemente tener el sexo a mano. Los pilares del matrimonio. Y como sabía que el experimento tenía fecha de caducidad, me relajé. Yo me había pedido por Reyes el juego de aprender minerales y David era el basalto, la mica y, normalmente, el yeso. Él, mientras, se dejaba querer.

Me sentía dentro de un Gran Hermano ideado, dirigido y producido por mí. David era el concursante elegido después de un costosísimo casting que había tenido lugar en esa parte de la noche en que ya nadie pide demasiado.

Vivir «en lo de Dorian» era como «estar inmerso en un cuento de hadas moderno». Esto, obvio, lo dijo David. Lo único misterioso era que Dorian había ideado una forma de vivir propia, con sus disposiciones específicas de espacios, utensilios y habitaciones. Todo respondía a una lógica absolutamente propia e intransferible. Dorian había sorteado esa tendencia fortísima a

vivir «como se ha vivido» durante años y verdaderamente había acomodado su hogar a sus —como las de todos y cada uno de los seres humanos— peregrinas necesidades.

Así que pasamos las tres primeras semanas en una extraña y fluida dinámica. Buscábamos y encontrábamos objetos y lo que no eran objetos. Alimentábamos a Moura, la tortuga, que se empeñaba en esconderse debajo del sofá Klippan, como si supiese algo de lo que se avecinaba.

Una mañana, recibimos la primera visita. Era un dinámico abogado, más joven que yo, que decía venir de parte de la propiedad. Me hice pasar por la hermana de Dorian. Primer error. El tío me empezó a hablar de pagos atrasados, recibos de comunidad devueltos y reformas inminentes. Mientras yo me despezzaba, el tipo desplegó su discurso apocalíptico acerca de las condiciones del inmueble. Yo sólo miraba su gran reloj y me lo imaginaba poniéndose ese traje cada mañana bajo la atenta mirada de su madre orgullosa. Mi actitud se limitó a un incesante encogerse de hombros y a decir que mejor lo hablara todo con Dorian.

Por el tipo supe que Dorian hacía meses que no le cogía el móvil, no respondía mails, no daba señales de vida. Fue el primero que pronunció la palabra herencia. Y fue la palabra herencia la que inauguró una cadena de sucesos de lo más inesperada y terrible. Los arrendadores hacía tiempo que se habían desentendido del mantenimiento de la finca. Llevábamos meses sin cerradura de acceso ni luna en el portal, a veces la escalera se llenaba de excrementos y orines. Las cañerías apestaban. Ya desde antes de que Dorian se fuera, una simple ducha podía desencadenar reflujos inesperados, tal era el deterioro del sistema sanitario del edificio. Este había pasado de ser un interior de Vetusta a un túnel de metro en obras y distópico. A veces dormía gente dentro. Los días de frío. Pero eso es Madrid. El centro. La instalación eléctrica empezó a fallar justo el día en que Dorian dejó de contestarme a los mails. Me sentí como un mal augurio en su vida. Y en la mía.

Otra mañana. La del desayuno profuso visto desde arriba. Segundo error. Burofax para Dorian. Aunque los seres humanos de la ciudad deberían nacer con un tatuaje que diga «Nunca aceptes un burofax», yo se lo cogí al cartero. Y firmé. «Los hermanos Bonmatí» me proponían una cita en el bufete de sus abogados. Su hermana-casera de Dorian había entrado en una demencia irreversible. Ellos pretendían vender la finca pero era imposible hacerlo con siquiera un único inquilino dentro. Además. Dorian estaba invitado a la apertura del inminente testamento. Y hasta que no apareciera no se abriría. Fideicomisario. Últimas disposiciones. La familia había contratado a la empresa remitente del burofax para acelerar el proceso. Rogaban disculpas por las molestias ocasionadas.

Molestias. Ocasionadas. Palabras, palabras, palabras. Estos nuevos términos abrieron otra época: la velocidad de los acontecimientos se disparó al ritmo que imponía la ley y el particular entendimiento de la misma por parte de «la propiedad». Hablé por teléfono con mi hermana María, que es abogada. La parte centrada de la descendencia.

—¿Qué significa fideicomisario? Fideicomisario, María.

María dice: Perteneiente o relativo al fideicomiso.

Resoplo. Precipitación. Hace días que no veo a la tortuguita por ninguna parte.

—Bien, ¿y qué?

María dice: Disposición por la cual el testador deja su hacienda o parte de ella encomendada a la buena fe de alguien para que, en caso y tiempo determinados, la transmita a otra persona o la invierta del modo en que se le señala.

Nueva visita del chico del reloj imposible. Me cuenta que su padre también es promotor. Que la propiedad ha contratado a su empresa, empresa que protege a los inquilinos sumidos en contratos de inmuebles ruinosos, en riesgo. Me habla de la calle Desengaño, de las prostitutas, del miedo, de la riqueza en poten-

cia por venir. Me habla de facilidades para acceder a un alquiler con opción a compra en Sanchinarro.

Entonces lo veo claro. Dorian dispondría de la casa hasta que la dueña muera y por el derecho natural la finca pase a sus hermanos. A no ser que el testamento diga lo contrario. Y Dorian sin aparecer. ¿Por qué se ha ido? ¿Por qué me ha dejado aquí sola? Me duele más su falta de confianza que la incertidumbre de no saber si estará bien. Porque sé que estará bien. ¿Y si me dio las llaves a mí con la certeza de que yo no abandonaría?

Necesito hablar con él. Pero Dorian no está más en la calle Valverde y de momento me las tengo que arreglar sola. Por cierto, pequeño dato. David me dejó a los dos días de firmar el primer burofax. Ya digo que firmar esos bichos no trae nada bueno jamás.

Mi hermana María y yo nos pertrechamos en la casa de Dorian, únicas habitantes de un edificio vacío. Ya no es tan bonito vivir junto a la Gran Vía, por más que el neón de Schweppes lleve más de treinta años encendido. Aun así, intento mantener el espíritu Valverde, como lo solíamos llamar. Una mañana nos encontramos nuestro pasillo alfombrado de publicidad. Y las paredes del descansillo tiznadas hasta el techo. La publicidad resbala al pisar, las paredes manchan de negro. María me anima a que los denuncie por acoso inmobiliario. ¿Y quién soy yo para hacerlo? No figuro en el contrato, no soy familiar de Dorian. María me confirma que la ruina del edificio sí que sería causa de resolución del contrato de renta antigua. Me habla de los Vendedores de Pánico a Domicilio o Revientabloques.

—¿Asustaviejas?

María dice: Y asustajóvenes. La traducción literal sería «revientacasas». El nombre viene de la Segunda Guerra Mundial. Eran unos explosivos muy bestias que lanzaba la aviación aliada y que eran capaces de borrar del mapa barrios enteros. Así, ¡bum! La analogía es bastante elocuente, ¿no?

Soy incapaz de marcharme. Esto es todo lo que queda de Dorian en Madrid. Si me largo, esos marcianos se encargarán de hacer desaparecer todas sus cosas. Discos, libros, ropa, objetos. Gran responsabilidad. Se acaba el espíritu Valverde.

Pienso en Max Aub, en la calle Valverde que conoció la señora Fernanda, que así se llama la dueña, esa que ya apenas recuerda su propio nombre. Hago un ejercicio de memoria y reconstrucción pero esto ya se ha vuelto demasiado sórdido. No tengo ni idea de qué haré con las cosas de Dorian. Pero no quiero ceder ante esta situación, esta injusticia que ha roto algo por la base, algo que hace emerger una presión contenida, una presión que irrumpe a su vez con violencia y que arrasa con todo lo que se le oponga. Aunque, sobre todo, echo de menos a mi amigo.

De momento, me voy a tirar a las calles a buscar a otro David. Un David más alto y fuerte que me proteja cuando llaman los abogados y los inspectores a la puerta y tengo miedo. Si ellos revientan las casas, nosotras reventaremos su paciencia. Y los bares. Entre sus medidas de presión y mi debilidad sólo se me ocurre oponer grandes dosis de inconsciencia, obstinación y frivolidad.

Se repite la escena del principio. Vuelvo acompañada a casa con un David o un Óscar o un Raúl subalterno. Risas, pero dónde vives, tía, en la casa de Drácula, un resbalón, descanso y más magreo. Nos topamos con Efrén. Efrén es el vigilante jurado. Confiamos en él, tiene una linterna y una petaca. Se lía un cigarro. Tercer error. Lo de confiar en él. Me siento confiada hasta que me fijo en sus manos, de golpe apretadas para que no descubramos las palmas tiznadas. Efrén tiene 57 años. Trabaja de diez de la noche a diez de la mañana. Cobra 700 €.

María dice, leyendo: La víctima, atemorizada y esperanzada ante las promesas de un nuevo y barato alojamiento, firma voluntariamente el cese de la relación arrendaticia. Esta picaresca digna de nuestro Lazarillo podría llamarse tranquilamente una coacción en términos coloquiales.

Parpadeo, parpadeo, neón. Tengo que encontrar a la tortuga como sea. Tengo que inventarme un lugar donde meter todas sus cosas. Parpadeo. Mañana pensaré en todo lo demás. Pero yo de aquí no me muevo.

Alejamos el zoom. Casa Tangora fue finalmente «limpiada» del todo el 22 de septiembre de 2004, el mismo día en que Letizia y Felipe anunciaron su primer embarazo y unos operarios terminaron de quitar la costra de contaminación que cubría el neón de la Schweppes. El día del abandono por parte de la «parte arrendataria» representante de Dorian Velásquez, venezolano, mayor de edad, en paradero desconocido. Ese mismo día, su amiga, conocida por las iniciales E. M., bajó a la calle Desengaño, entró en la tienda de productos químicos Riesgo, abonó la cantidad correspondiente a veinte gramos de etilenglicol, un compuesto químico muy tóxico utilizado en el revelado de fotos. Subió por última vez a su vivienda. Preparó un té y esperó a «la parte arrendadora». Cuando ésta estuvo profusamente servida e indispuesta, cuando no intoxicada, E. M. salió del edificio, dobló la esquina y bajó por la Gran Vía, giró por Alcalá, avanzó por el Paseo de Recoletos. Alguien dice haber visto a la inquilina comprando un vestido negro y unas sandalias en el establecimiento minorista textil Xiang Li.

E. M. entra en la estación. El próximo tren que sale: AVE, destino Córdoba Central-Sevilla Santa Justa. Compra un billete. Entra en el baño de la estación. Se quita casi toda su ropa y se pone el vestido negro y las sandalias. Piensa en la posibilidad de un río entre andenes. Deja la ropa junto a su bolso, en el suelo. Sale del cuarto de baño con el billete metido en un libro. El libro en la mano. La vemos alejarse de espaldas en dirección a los andenes. Las sandalias chancletean y el sonido rebota en las bóvedas de la estación.

Megafonía dice: Última llamada para viajeros destino Córdoba Central-Sevilla Santa Justa. El tren se encuentra estacionado en el andén 17.

Ella pasa el control, pasa rozando el escáner con su falda y

su libro, por una vez no hay nada que meter ahí. Sube al polo de aire acondicionado. Abre su libro, donde Tomas Espedal dice:

El sueño de desaparecer. Esfumarse. Salir un día por la puerta y no volver nunca.

El sueño de convertirse en otro. Abandonar a los amigos y la familia, abandonarse a uno mismo y convertirse en otro; romper todos los lazos, abandonar el hogar y las costumbres, renunciar a las pertenencias, la seguridad, las perspectivas de futuro para convertirse en un extraño.

El sueño de una transformación.

Como cuando te despiertas una mañana junto a un rostro que no conoces.

Y

vemos

cómo

el

andén

empieza

a moverse

a

su

izquierda

hasta desaparecer.